



Son las nueve de la mañana, el bullicio detona los audímetros de la Plaza del Sol. El frío invierno de diciembre cala hasta lo más profundo de mis huesos. Me encuentro hierático. Rodeado de miles de personas siento la mayor de mis soledades. Ni siquiera mis manos rozándose entre sí pueden calmar mi miedo. Se me ha helado la boca, y en mis labios se trazan las grietas cual si fuera una pared con varias familias de vida. Mis pies no responden. Mis oídos solo permiten el paso de la megafonía que debe marcar el grado de mi preocupación.

Un viejo transistor colocado tras la reja de la ventana de un bar, describe la fisonomía de quien se apodera de mi vida. "En todas las poblaciones no se oye más que el ruido de las bolas que van a decidir la suerte de centenares de jóvenes. Este domingo nuestros nuevos milicianos vivirán un día de jubileo" comenta el locutor. En ese momento, comenzó a leerse la ley de quintas y se nombra el primero. Sale el número, y luego otro y otro, y otro. Observo algunos ojos chispeantes de alegría, los menos siempre, y los más, nublados de densa tristeza. Cuando termina el acto de la caja de reclutas, la mitad de la muchedumbre está herida de muerte. A mí la desgracia ya me había elegido con antelación.

Mi padre me abraza, orgulloso de ver cómo su hijo va a realizar la mili. Mi madre me besa con la voluntaria inconsciencia de quien adivina que en ese momento yo me sentía más muerto que vivo. A nuestro lado, la sonrisa de los que no escondían nada organizaban un improvisado y voluntario desfile hacia la glorieta de Atocha. El único lazo que me unió a aquella fiesta de los quintos fueron unas gotas de licor que se derramaron junto a mis zapatos, y que desembocaron en una alcantarilla, dibujando una serpenteante línea que me recordó al afluyente de un río. Si hubiera estado solo, mis lágrimas hubieran aumentado el caudal de aquel licor vertido. Pero por entonces ya me encontraba construyendo el armazón que debía encerrar mis sentimientos.

Hace ya dos meses que mis sueños se ven alterados por un amargo despertar marcado por el grito del soldado de primera. Aún me quedan dieciséis meses por aguantar, y cada minuto me siento más incapaz. Tengo la sensación de vivir en una especie de cárcel, en la que también se encuentra levantada la cancela de mis secretos. La clave de aquella cerradura valía mi supervivencia en aquel lugar, en una España de los sesenta donde proliferaban los *soiré* de los capitostes, a la vez que cada cabina escondía una conspiración.

Por las cartas que me llegaban, pude conocer que mi padre había cumplido su sueño de comprarse un Dodge Challenger, donde se pasaba todo el día escuchando la canción 'Luna de Miel' de Gloria Lasso. Mi madre, en cambio, creo que había agotado todas las oraciones posibles para el Santo Niño del Remedio. Me la imaginaba por la casa como la Soledad Montoya de Lorca: "...corre / mi casa como una loca, / sus dos trenzas por el suelo / de la cocina a la alcoba...".

Aun así, existen cuestiones que no pueden ocultarse ni en aquel cuartel general del Rif. De todo el grupo de soldados, solo había entablado relación con Jesús, un chaval sevillano de Paradas, y con Alberto, que al igual que yo era de Madrid. Pero Jesús era

diferente. A pesar de estar separados por varios juegos de literas, hicimos buenas migas en el comedor y en los ratos libres que nos permitían pasar en el patio.

Pese a que distábamos mucho de ser almas gemelas, algo en él me transmitía la tranquilidad y la paz que no hallaba en otras partes. Jesús era muy extrovertido, y tenía una especial habilidad para conseguir todo lo que quería. Perfectamente pudo haber sido el protagonista del Lazarillo de Tormes. En una de sus artimañas logró que el murciano que dormía bajo mi cama le cambiara el sitio. Los dos eran amantes de las motos, y según me dijo más tarde, le prometió dejarle una bultaco el fin de semana que tuviera libre. Aquel gesto reafirmó mi idea de haber encontrado un apoyo con el que pasar de manera más calmada los dieciocho meses que debía estar en aquel cuartel general. Lo que nunca imaginé es que el olfato de aquel chico de veinte años pudiera ser tan perceptivo.

Fue la noche en la que taché el último día del mes de marzo. Esa noche todos nos fuimos más temprano a dormir, el entrenamiento de aquel día fue especialmente duro. Jesús, como era habitual, se quedó un rato leyendo. Cuando Morfeo se apresuraba a raptarme una vez más, una mano en mi hombro me sobresaltó de improviso.

-Shh. Ven. Cállate – Me dijo Jesús llevándose el dedo a la boca en señal de silencio.

-¿Qué quieres? Vas a despertar a todos – Le respondí con extrañeza.

En ese momento, Jesús me llevó fuera de la habitación. Cruzamos el corto pasillo que discurría hasta el patio. Yo continuaba sin saber qué estaba ocurriendo. No entendía la actitud de Jesús. Y sobre todo, temía que algunos de los soldados que hacían guardia nos sorprendieran, y nos tocara soportar el rapapolvo del Teniente Segura. Prácticamente habíamos atravesado el patio, cuando Jesús me agarró fuerte del brazo y me encajó en una vieja dependencia que servía de almacén de comida.

-No vas a olvidar esto en tu vida – Susurró Jesús mirándome a los ojos.

Sin tiempo para reaccionar, aquel veinteañero nacido en la campiña me selló un beso en los labios. En aquel viejo almacén con olor a fruta descompuesta, aquellas retinas desgastadas se clavaron en mi mirada, y su boca con sabor a tinta se empezó a fundir con la mía. La sorpresa, la pasión y el miedo se moldearon frente a mí construyendo un triunvirato de amor que se grabaría por siempre.

-Lo estabas deseando desde el primer día – Dijo Jesús en un tono de pasión desafiante.

-¿Cómo lo has sabido? - Pregunté con la voz entrecortada por sus besos.

-La pasión habla un idioma sin palabras. Déjate llevar – Respondió con la fuerza de una mariposa que se rebelara en su condición de prisionera sujeta por las patas.

Los besos cortaron los frenos que nos reprimían. Su mano se deslizó por mi cuerpo suavemente. Pareció que estuviera palpando cartografía. Me desabrochó el pantalón, a

la vez que yo hice lo mismo. La respiración se acrecentaba por segundos, y el amor me penetraba trayéndome un aire de libertad que no había inhalado antes. Tumbados en el frío suelo nos sudamos mutuamente mientras nuestros labios ofrecían todo el repertorio de besos.

Fueron unos escasos quince minutos. Suficiente para conocer qué era la libertad. En el lugar dónde pensé que mis miedos se reunirían para ejecutarme, el amor me salvó.

De esa noche en adelante, durante el año aproximado que todavía quedaba por pasar alistados, aquel episodio de amor desmedido, no se volvió a repetir. Mi relación con Jesús continuó siendo muy buena, pero pareciera como si el destino solo me hubiera reservado una noche de pasión. No voy a negar que me hubiera encantado volver a oler aquella fruta podrida del almacén, mientras sus labios me transportaban la tinta sustraída a tantos libros que leía. Sin embargo, no sufrí por ello. En veinte años jamás había sentido algo igual. En aquella España sometida al brazo franquista, expresar mi amor por un hombre conllevaba el encierro de mi voluntad. Por ello, en aquellos minutos en los que el idilio se hizo presente en el Rif, el sentimiento prisionero durante tantos abriles gimió en silencio un grito de liberación.

Hoy, pisando la raya de los ochenta, aún recuerdo el primer acto en el que pude sentirme hombre. Al acabar la mili, solo recuerdo haber vuelto a ver a Jesús en una cálida noche de verano en Sevilla. Él agotaba un cigarrillo, apoyado sobre una pared mientras esperaba entrar al viejo cine Pathé para ver una película de Tino Fernández. Más allá de aquella vista que no fue recíproca, solo supe de él por otro compañero, que en los años finales de la dictadura recibió una fuerte paliza de los grises. Al parecer, y conociéndolo me creo que fuera verdad, soltó un desafortunado chiste acerca de Franco, en los días donde la agonía pudo con el caudillo.

-¿Sabes por qué le dicen a Franco el quinto polvo? Porque no hay Dios que lo eche – comentó chistoso en un bar.

Tantos años después, cada vez que recuerdo a Jesús, la involuntariedad me pinta una sonrisa en la cara. El amor volvió a visitarme de vez en cuando, pero jamás fue como aquella vez. No ha sido el único hombre en mi vida, pero sí quién más me ha marcado. Él entró en mi vida derribando de un golpe el portón de lo prohibido. Me enseñó que la pasión podía ganarle la partida a la represión. Pareció que el amor detuviese por un momento la vida de aquel cuartel, y que solo estuviéramos él y yo, sudándonos mutuamente sobre aquel almacén.

En esta España de aparentes libertades, con 76 años, me encuentro viudo, y con dos hijos. Y sin embargo, para el vecindario de la calle Cayuela, sigo siendo el maricón del barrio.